

# Origen y paradigma político de la crisis argentina

Por Mauricio Rojas

## DOCUMENTOS

**La Argentina no adolece de males simples ni superficiales, y las soluciones a sus problemas exigen un diagnóstico más serio que aquel que acostumbran a dar aquellos que buscan el chivo expiatorio de turno para explicar el último percance de esta nación que algún día fue tan promisorio. Entender esto es hoy más importante que nunca, ya que el país está pasando por uno de aquellos momentos de recuperación y esperanza que se han venido dando de tiempo en tiempo como paréntesis entre las violentas marejadas de las crisis. Es justamente hoy cuando se debe comenzar a enfrentar esos males que vienen de antaño, antes que los mismos nos desborden nuevamente.**

*El presente Documento es una adaptación del Prefacio a la segunda edición en español del libro “Historia de la crisis argentina”. El libro fue originalmente publicado en sueco y posteriormente traducido y publicado en inglés y portugués. La primer edición en español fue publicada por CADAL y TIMBRO en diciembre de 2003.*

**Mauricio Rojas** nació en Santiago de Chile en 1950 y reside en Suecia desde 1974. Es Miembro del Parlamento de Suecia, Profesor Titular de Historia Económica (Universidad de Lund), Vicepresidente de Timbro y Director del Centro para la Reforma del Estado del Bienestar. Es autor de una docena de libros, entre ellos, *Mitos del milenio. El fin del trabajo y los nuevos profetas del apocalipsis* (2004), *Historia de la crisis Argentina* (2003), primera edición agotada. *Beyond the welfare state. Sweden and the quest for a post-industrial welfare model* (2001) y *The rise and fall of the swedish model* (1998).



Es una gran satisfacción ver que el breve libro “Historia de la crisis argentina” ha recibido tan buena acogida que ya es necesario hacer una nueva edición. Quiero aprovechar la oportunidad para tratar dos asuntos que muy a menudo se plantearon cuando hace no mucho visité Buenos Aires para presentar la primera edición del libro en español. El primero expresa una legítima curiosidad sobre el autor. El segundo es mucho más importante y se refiere a la historia política argentina, caracterizada por esa lamentable continuidad de caudillaje, clientelismo y corrupción que ha hecho del Estado argentino un verdadero peligro público.

La pregunta a la que con más frecuencia tuve que responder tanto en las presentaciones del libro como en las entrevistas que di sobre el mismo se refería al por qué “un chileno que vive en Suecia hace treinta años” y que además debe estar bastante ocupado desempeñando su cargo en el parlamento de ese país se interesa por Argentina hasta el punto de escribir un libro sobre la historia de sus recientes avatares. Mi respuesta a esta interrogante tiene tres vertientes: una personal, una profesional y una política.

En lo personal se trata de una cercanía con Argentina y su pueblo que se fue desarrollando desde mi niñez en ese Santiago un poco provinciano de los años 50. Argentina era el lugar de la abundancia, del que mis abuelos traían el mantecol, los alfajores, el chocolate blanco y el jamón crudo. Argentina era la opulencia y el desarrollo, y Buenos Aires lo más cerca de Europa y “la cultura” a que la clase media chilena podía llegar. Visité Argentina muchas veces durante mi juventud y de Buenos Aires me embarqué hacia Europa cuando a fines de 1973 me vi forzado, como tantos otros, a abandonar Chile. Tuve luego muchos amigos argentinos en Suecia, con los que compartí los primeros tiempos del exilio que coincidieron con aquellos años trágicos en que la Argentina se adentraba cada vez más en el túnel siniestro de una violencia sin límites. Y durante todos esos años no pude sino preguntarme una y otra vez cómo una nación un día tan resplandeciente y de gente tan culta y amable podía caer tan profundamente en la crisis y producir tanta barbarie.

La razón profesional es simple y lamentable. Como historiador económico especializado en problemas de desarrollo económico comparativo es difícil no interesarse por Argentina. Se trata de un caso bastante único, una patología extraña e intrigante, que no puede dejar de atraer al especialista. Es sin duda una lástima que así sea pero es por ello que ya hace más de una década y media que comencé, en mis libros sobre el desarrollo comparado, a tratar el caso argentino.<sup>1</sup> Así, cuando estalló la crisis de fines de 2001 existía ya tanto un marco analítico como un conocimiento histórico que me hizo posible escribir en un tiempo breve el libro “Historia de la crisis argentina”.

Cuando la crisis se desencadenó se puso de moda cargarle los males de la Argentina a la cuenta de las ideas liberales y de la economía de mercado. Parecía como si una Argentina previamente robusta y sana se hubiese de pronto visto asolada por una apertura suicida a las fuerzas globalizadoras del capitalismo moderno. Esto no pasaría, sin duda, de ser pura ignorancia o un chiste de mal gusto si es que, además no se tratase de una nueva versión de aquel escapismo trágico que ha condenado a la Argentina a repetir sus tragedias e ir de

descalabro en descabro. Por ello me pareció pertinente simplemente contar la verdadera historia de una debacle que tan poco tiene que ver con la libertad o el capitalismo seriamente entendidos.

Ahora bien, dejando de lado el tema de algunas de las motivaciones para publicar “Historia de la crisis argentina”, paso a referirme a la cuestión de la continuidad de la “mala política” –la del caudillaje, el clientelismo y las patotas– en la historia argentina. En “Historia de la crisis argentina” se delinean los contornos de los procesos acumulativos que fueron llevando al país hacia el abismo de las décadas recientes. El punto de partida de este relato es la época de las vacas gordas de la Argentina, esos setenta años de expansión sin precedentes que anteceden a 1930, aquellos tiempos en los que en París se podía exclamar ¡rico como un argentino! Es precisamente en ese período aparentemente tan exitoso donde se forma un modelo de desarrollo económico que con el tiempo se mostraría inviable.

En su esencia se trata del surgimiento de un sistema económico de sesgo mercantilista, premoderno en el sentido más profundo del término, es decir, un sistema en que la gestión económica en vez de separarse de la gestión política se hace cada vez más dependiente de la misma. Es así como el éxito económico se hace función no de la eficiencia empresarial ni de la creatividad tecnológica sino del favor y la influencia políticas, de las pugnas de intereses y las luchas por las prebendas en el terreno de la política y del Estado. Esta politización de la economía generó condiciones más que propicias para la corrupción de la política y del aparato del Estado, lamentablemente tan evidente tanto en la Argentina de ayer como en la de hoy. Así se creó esa dialéctica devastadora entre un capitalismo premoderno y una esfera política igualmente premoderna, que se penetran y corrompen mutuamente, hundiendo finalmente al país en ese pantano de luchas fratricidas por el reparto que terminó tragándose las riquezas y las esperanzas de una nación cuyo destino parece, parafraseando a San Martín, o bien ser grande o no ser nada.

Este es el relato fundamental de la historia de la crisis que tan profundamente conmovió a la Argentina a fines de 2001 y en 2002. Ahora bien, en los dos años que han pasado desde que escribí el original de este libro he llegado a la conclusión de que en esta argumentación hay, por así decirlo, un “eslabón perdido”. El proceso de imbricación y degeneración mutua de la política y la economía no habría podido ocurrir –al menos no de una manera tan profunda, permanente y desastrosa– de no haber preexistido ciertas condiciones políticas que invitasen al uso del poder público como instrumento para el saqueo organizado de la nación. Así he llegado al convencimiento de que me faltó un elemento importante en la descripción de la evolución argentina hacia la crisis. Se trata justamente de la clave histórica para un entendimiento más acabado de las formas que con el tiempo se tornarían características de hacer política en la Argentina. Para haberlo captado plenamente tendría que haber retrocedido aún más en mi relato histórico, analizando con cierto detalle los acontecimientos políticamente formativos del primer medio siglo de vida independiente de la nación, para mostrar allí como surge un cierto “paradigma político”

que en muchos sentidos llega hasta nuestros días. No pretendo, por cierto, tratar aquí de reparar esta falta pero quisiera al menos trazar algunas rápidas pinceladas al respecto.

Como sabemos, el quiebre con España dio origen a una prolongada desorganización de la vida económica nacional así como a décadas de intermitente guerra civil, la destrucción del gobierno central y una caída general en el caudillismo y la dictadura. Se trata de esa larga “guerra del país contra el país”, “vilipendiosa y bárbara”, “antipatriótica y fratricida”, como bien lo dijera Alberdi.<sup>2</sup> Es en ese período en el que podemos rastrear las raíces de una estructura paradigmática de hacer política y usar el poder público que, una vez consolidada, va a condicionar toda la vida social y económica del país.

El poder público se hizo durante esas décadas función y reflejo de la movilización que los caudillos regionales lograron tanto de las elites locales como de los sectores populares que le daban al caudillo respectivo su fuerza militar. Los caudillos –esos “caracteres viriles fortalecidos por las fatigas campestres” y “acostumbrados a la sangre” de los que un poco caricaturescamente nos hablase Mitre en su *Historia de Belgrano*<sup>3</sup> – usaron a la población rural en armas para doblegar a sus rivales y, en particular, a las ciudades, en aquello que de alguna manera se puede calificar, citando a David Rock, como “una conquista de las ciudades por el campo”.<sup>4</sup> Se trata, al mismo tiempo, de los ecos políticos de un cambio socioeconómico profundo: el despertar de las pampas y el surgimiento de los estancieros como potencia económica y base del poder político, que en gran parte viene a desplazar, subordinar o absorber a las antiguas elites urbanas, parcialmente diezmadas por la anarquía de las guerras civiles y el colapso de las relaciones comerciales propias de la época colonial.

Estamos en presencia de la movilización de la “patota política”, es decir, de aliados y clientes –estancieros vasallos, milicianos en busca de nuevos patrones, peones, gauchos, vagos, sectores marginalizados de origen africano, pobres de las ciudades– con el fin de asaltar el poder público, para desde allí asaltar a la región o a la nación. Así se ganaba el derecho no sólo a repartir el botín interno sino, sobre todo, las nuevas tierras que en grandes cantidades se iban incorporando al país a través de la “conquista del desierto”. La síntesis y el resultado históricamente más significativo de este proceso fue Juan Manuel de Rosas, el brutal restaurador del orden, cuyo régimen de terror supera incluso –considerando el número de población de entonces– a la violencia de la Guerra Sucia. Maestro de la movilización represiva de los pobres de la ciudad y del campo e inaugurador del populismo argentino, llevó el arte del disciplinamiento social y el terror de Estado a extremos sólo superados por las dictaduras totalitarias del siglo XX. Fue el tiempo insólito en que “el país entero fue pintado de un color”, como acostumbraba a decirse. El tiempo terrible de la mazorca, los degüellos y la “negrada federal”. Fue una época en que la barbarie caótica de los caudillos fue domeñada por la barbarie ordenada y sistemática de aquel caudillo y estanciero sin igual que fue Rosas.

La esencia del gobierno de Rosas fue –según la interpretación

célebre de Sarmiento recogida posteriormente, entre otros, por John Lynch<sup>5</sup> – la estancia. El Estado de Rosas fue la estancia extendida<sup>6</sup>, hecha país, y la relación patrón-peón, la disciplina del vasallaje y la servidumbre, su forma gobierno. Recordemos las palabras de Sarmiento:

*¿Dónde pues ha estudiado este hombre el plan de innovaciones que introduce en su Gobierno ...? Dios me perdone si me equivoco; pero esta idea me domina hace tiempo: en la ESTANCIA DE GANADOS, en que ha pasado toda su vida... la prisión sucesiva de centenares de ciudadanos sin motivo conocido y por años enteros, es el rodeo con que se dociliza el ganado, encerrándolo diariamente en el corral; los azotes por las calles, la mazorca, las matanzas ordenadas son otros tantos medios de **domar a la ciudad**, dejarla al fin como el ganado más manso y ordenado que se conoce... Si esta explicación parece monstruosa y absurda, denme otra; muéstrenme la razón por qué coinciden de un modo tan espantoso, su manejo de una estancia, sus prácticas y administración, con el Gobierno, prácticas y administración de Rosas.”<sup>7</sup>*

Es esta una explicación tempranamente “materialista” de la política: un “modo de producción”, con sus peculiares relaciones sociales y de poder, que se hace política sin mediaciones, sin la existencia mediadora de una clase y una cultura políticas relativamente autónomas. Pero más allá de ello, Rosas será también el creador de una serie de figuras y métodos políticos –el personalismo, el clientelismo y la movilización populista, una joven mujer (su hija Manuelita) que cuida de la relación con los sectores más populares, el uso extensivo de la xenofobia, la coacción y la propaganda para someter a su propio pueblo y doblegar a sus adversarios– que luego se irán repitiendo en la historia de la Argentina como si los “espíritus del pasado” formasen una “conjura de los muertos”, para hablar con el Marx del *18 Brumario*, que se niega a dejar en paz a la Argentina.

El fin de las guerras civiles intermitentes y la creciente estabilidad política lograda bajo la república oligárquica fue, sin duda, un cambio importante en el panorama político argentino. Sin embargo, ello no logró alterar la esencia caudillesca y clientelística del paradigma político formado anteriormente. Más aún, con el paso del caudillaje agrario al urbano, del poncho al frac por así decirlo, se vino a confirmar el temor premonitorio de Alberdi:

*Si es verdad que la barbarie de los caudillos militares de las campañas invade como una inundación violenta y desastrosa, pero superficial y pasajera, que deja sus estragos en la corteza de la sociedad, la barbarie letrada y dorada de los caudillos de las ciudades deja sus estragos en los cimientos del edificio social, y sus males, profundos<sup>8</sup> y radicales, son para generaciones enteras.*

Los caudillos locales, con bases de poder y clientelas cada vez más urbanas, pasaron a formar la columna vertebral de un complejo sistema de patronazgo, represalias y recompensas que formaba la base del poder del partido dominante de la época, el Partido Autonomista Nacional (PAN), cuya larga hegemonía se extiende desde 1880 hasta 1916. Es por medio de esos caudillos que se articulaba la relación entre cúpulas dirigentes y sociedad en la época dorada de la Argentina. Ellos eran, tal como lo dice Ezequiel Gallo, las “piezas clave del mecanismo político por ser la verdadera correa de transmisión entre el régimen y su clientela.”<sup>9</sup>

De esos caudillos de hace más de cien años se pudo afirmar lo que perfectamente se podría haber seguido afirmando durante todo el siglo XX acerca de ese mismo tipo de *bosses* o caciques locales, es decir, que el gobierno “les da todo y les permite cualquier cosa: la policía, el municipio, el correo... el cuatrismo, la ruleta, en resumen toda clase de ayuda para sus amigos y persecución a sus enemigos”.<sup>10</sup> El país siguió así, en lo político, siendo una especie de conglomerado de estancias o feudos, con sus patrones locales, sus clientelas y sus formas de movilización de patota.

Esta forma característica de hacer política, basada en clientelas movilizadas por caudillos locales que a su vez formaban las bases de poder de los líderes o caudillos nacionales, escasamente se debilitó con la irrupción de la democracia post-oligárquica y el ascenso de los radicales al poder en 1916. Habitualmente sólo cambiaron los nombres de los caudillos o, en algunos casos, los caudillos tradicionales sólo cambiaron de patrón. Especialmente entre 1919 y 1922 y también en su corto segundo mandato, Hipólito Yrigoyen recurrió con intensidad inusitada al populismo, el patronazgo y la repartija de cargos y prebendas, con consecuencias fiscales por cierto desastrosas. La política Argentina de la época se había ya convertido en lo que en gran medida seguiría siendo en las décadas por venir: “en una industria, en una brega o sport entre vividores sin escrúpulos”, como se expresase en un discurso de la época.<sup>11</sup>

Así se fue eslabonando esa continuidad de las formas de hacer política, que une la patota armada de los caudillos decimonónicos con las patotas sindicales, empresariales, partidarias, piqueteras, montoneras, militares, paramilitares

o simplemente mafiosas de las recientes décadas. El golpe de 1930 y la “década infame” no mejoraron ni la calidad ni las formas de hacer política. Muy por el contrario, con los fraudes cada vez más manifiestos se fue perdiendo hasta aquella apariencia de decencia política que antes hasta un cierto punto se había mantenido. Así se allanó el camino para una reacción popular inesperada, que con su repudio a toda la clase dirigente de entonces llevó al surgimiento del segundo gran caudillo de la historia argentina, Juan Domingo Perón, y a la formación del movimiento político y social, el peronismo, que como ninguno resumiría la tradición política argentina y sería, de allí en adelante, la clave del destino del país.

Es esta continuidad de la “mala política” que es un menester quebrar para comenzar a desenredar la madeja del entuerto de la Argentina. Sólo así se podrá poner término a esa mezcla inverosímil de civilización y barbarie, para usar el título de la famosa obra de Sarmiento, que ha caracterizado la mayor parte de su vida como nación independiente. Sólo una reforma profunda del Estado y de la política, con la necesaria eliminación del caudillismo y el clientelismo en todas sus formas, podrá dar paso a la formación de una democracia moderna y seria, que es lo único que puede crear ese marco de confianza ciudadana que reestablezca las bases de una Argentina verdaderamente viable.

La Argentina no adolece de males simples ni superficiales, y las soluciones a sus problemas exigen un diagnóstico más serio que aquel que acostumbran a dar aquellos que buscan el chivo expiatorio de turno para explicar el último percance de esta nación que algún día fue tan promisorio. Entender esto es hoy más importante que nunca, ya que el país está pasando por uno de aquellos momentos de recuperación y esperanza que se han venido dando de tiempo en tiempo como paréntesis entre las violentas marejadas de las crisis. Es justamente hoy cuando se debe comenzar a enfrentar esos males que vienen de antaño, antes que los mismos nos desborden nuevamente. Para ello se requiere de una mirada retrospectiva e introspectiva seria, y, sobre todo, de la madurez de dirigentes que no se contenten con cosechar las ilusiones de un momento fugaz de recuperación sino que quieran sembrar para el futuro.

#### Notas:

<sup>1</sup> En particular en mi historia social y económica de América Latina, publicada en sueco en 1988 bajo el título de *Latinamerikas sociala och ekonomiska historia* (Studentlitteratur, Lund 1988), así como en el estudio de historia comparativa del desarrollo escrito en colaboración con Christer Gunnarsson, *Professor* de la Universidad de Lund, y publicado por primera vez en 1995 con el título de *Tillväxt, stagnation, kaos* (“Crecimiento, estancamiento, caos”, SNS, Estocolmo 1995; reeditado en 2004).

<sup>2</sup> Juan Bautista Alberdi, *Los caudillos*, Obras, tomo XVIII, Editorial La Facultad, Buenos Aires 1920 (cita tomada de la versión accesible vía Internet en [www.argiropolis.com.ar](http://www.argiropolis.com.ar)).

<sup>3</sup> Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano*, Editorial Estrada, Buenos Aires 1947, volumen 2, p. 258.

<sup>4</sup> David Rock, *Argentina 1516-1987*, Alianza Editorial, Madrid 1988, p. 139.

<sup>5</sup> John Lynch, *Argentine Dictator: Juan Manuel de Rosas, 1829-1852*, Oxford University Press, Oxford 1981.

<sup>6</sup> Esta es la definición clásica de Lynch: “*The Rosas state was the estancia writ large.*” John Lynch, “From independence to national organization”, en *Argentina since independence*, Cambridge University Press, Cambridge 1993, p. 26.

<sup>7</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, Cátedra, Madrid 2001, pp. 323-24.

<sup>8</sup> Juan Bautista Alberdi, *ibid.*

<sup>9</sup> Ezequiel Gallo, “Política y sociedad en Argentina 1870-1916”, en *Historia de América Latina*, tomo X, Editorial Crítica, Barcelona 1992, p. 57.

<sup>10</sup> Francisco Seguí, citado en Gallo, *ibid.*, p. 58

<sup>11</sup> Benjamín Villafañe, discurso pronunciado el 28 de junio de 1924, cita tomada de *Grandes discursos de la historia argentina*, Aguilar, Argentina 2000, p. 184.